



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Clásico del Psicoanálisis

2022
Theodor Reik
Amor propio y orgullo heridos
Revista Affectio Societatis, Vol. 19, N.º 37, julio-diciembre de 2022
Clásico (pp. 1-10)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

CLÁSICO DEL PSICOANÁLISIS



AMOR PROPIO Y ORGULLO HERIDOS¹

Theodor Reik²

<https://doi.org/10.17533/udea.affs.v19n37a09>

Hemos llegado a la conclusión de que la inclinación masoquista instintiva femenina es más débil por lo general que la masculina. Hemos explicado esta diferencia partiendo del hecho de que sus tendencias agresivas y sádicas no alcanzan la intensidad de las del hombre. Sin embargo, debemos tener presente el hecho de que con la aceptación de la menor intensidad del masoquismo femenino estamos en oposición a la abrumadora mayoría de los analistas y psicólogos. Podemos intentar la comprobación de nuestra opinión desde otro punto de vista.

Afirmamos que, frente a la elección de dos fantasías masoquistas, una mujer invariablemente elegirá aquella en que aparece más degradada como ser sexual y como mujer. De aquí deberíamos deducir que el orgullo está más desarrollado en la vida de las mujeres que en la de los hombres, pues la reacción no permite otra conclusión. Enfrentamos el problema del masoquismo bajo un nuevo aspecto. Aparece como nada menos que una reacción ante el amor propio herido, una ofensa al narcisismo.

Por lo tanto estamos obligados a introducir un nuevo término psicológico, el del orgullo. Es más que un término, es una realidad psicológica. El hecho de que no fuera considerada lo bastante importante como para despertar la curiosidad de los psicoanalistas, es digno de ser notado. ¿Qué es el orgullo? ¿Cómo llega a existir? El orgullo es una

1 Este capítulo hace parte de: Theodor Reik. (1940). *Masoquismo en el hombre moderno* (pág. 11-18). Sur.

2 (1988-1969). Psicoanalista. Doctor en psicología por la Universidad de Viena. Entre sus obras más conocidas están *La compulsión de confesar*, *El asesino desconocido* y *El masoquismo del hombre moderno*.

cierta actitud psíquica que se refiere a la valoración de la propia personalidad. No existe desde el comienzo mismo, sino que se origina como una reacción-formación frente a una herida del originalmente cándido amor propio del ego, a una turbación del narcisismo. La actitud libre e independiente del niño frente al mundo prueba que no es orgulloso a menos que haya experimentado una de esas desilusiones o heridas.

El orgullo se desarrolla así como reacción frente a una herida del original e instintivo amor propio del ego y sirve al propósito de defensa contra futuros daños. Tiene un carácter protector, pero la protección es requerida sólo por lo que es vulnerable y sensible a la herida. El orgullo puede ser comparado mejor a un tumor que mediante la creación de nuevos tejidos produce un crecimiento patológico de volumen. Esta caracterización será suficiente para aclarar la relación del narcisismo con el orgullo. El narcisismo es el amor original y natural por el ego; el orgullo es un enamoramiento secundario del ego, que sigue como sustituto después de haber sido turbada esa cándida actitud. De aquí podemos deducir que el masoquismo no posee relación directa con el narcisismo, pero sí bastante con su sustituto, el orgullo.

Como dije antes, el orgullo de la mujer como ser sexual es superior al del hombre. Sabemos por qué. La niña ha hecho un descubrimiento que se transformó en una fuente de humillación y que significó una herida narcisista. Comparando su cuerpo con el del niño, notó que la naturaleza había dotado a éste de un órgano que ella no tenía. En *El Mercader de Venecia*, la inteligente Porcia ridiculiza la falsa superioridad de los jóvenes. Se escucha la voz de la muchacha rebelándose contra la arrogancia masculina. Podría apostar –así lo dice a su criada– que disfrazada de mancebo llevaría su espada con gracia.

*... Te apostarí,
Cuando ambas vistamos como jóvenes mancebos,
Resultaré el más bello de los dos,
Y portaré mi daga con la más bravía gracia,
Y hablaré de la edad entre niño y hombre
Con voz aguda, y trocaré nuestros pasos melindrosos
En paso varonil... y diré amenas mentiras:
Cuánto buscaron mi amor las honorables damas,*

*Y al negárselo, enfermaron y murieron,
No podré con todo ello; entonces me arrepentiré.*

Aquí se toca el tema del orgullo femenino. Aparece en una escena posterior, que se refiere a la pérdida del anillo, humorísticamente y sin embargo seriamente. Aquí surge una “protesta femenina” contra el descuido que muestran los hombres por las mujeres y su valor –una especie de tardío eco de lo que la niña sintió una vez por los muchachos–. La razón inconsciente de este desdén está en la diferenciación física. La propia Porcia lo expresa diciendo a su doncella que se disfrazarán de hombres. Estos las verán:

*...pero con tal vestido,
que creerán que tenemos
lo que nos falta.*

El anillo que ha regalado Bassanio no sólo es un símbolo de fidelidad, sino también un símbolo de los genitales de la mujer que ansía ganar y quien desea que él la respete. Bassanio, al asegurarlo y retenerlo, se supone que prueba su estima por la mujer y el sexo femenino.

Además de su mortificación por causa de la deficiencia física, la niña es impresionada más tarde por el privilegio social que trae ser hombre y la desventaja de no serlo. La mujer en ciernes ha erigido un dique de femenino orgullo contra el sentimiento de inferioridad que está por apresarla. Consecuentemente ha creado una alta estimación de su encanto corporal y sus valores psíquicos y une a estos sentimientos un acreciente resistencia contra todo lo que pueda herir sus sentimientos o su pudor y su sentido de lo que es hermoso o le pertenece socialmente. Es fácil de entender por qué la ruptura de este dique protector, erigido por el orgullo femenino y la práctica del autocontrol, está destinada a ser un factor esencial de placer en la fantasía masoquista del hombre.

La doctora Lampl de Groot ha señalado que el masoquismo femenino posee la intención de descargar el amor propio, el narcisismo de la mujer. El efecto, posterior de su pena por la mencionada deficiencia

física se hace menos vehemente para la joven cuando ella se asegura el nuevo placer, el masoquista. Este nuevo placer, relacionado con la idea: “Me han robado el pene”. Bueno, ése parece ser un proceso económico raro. Es como tratar de reducir el dolor, cuando a uno le han amputado una pierna, con la idea de ser flagelado. Eso es raro, pero no quiere decir que sea imposible. El dolor narcisista sin duda juega un papel en el masoquismo femenino total, pero seguramente no el que le otorga la doctora Lampl.

Su esencia misma contradice este cuadro. La ofensa narcisista no es velada o suavizada, como piensa la doctora Lampl, por la fantasía masoquista, sino que es acentuada, hecha prominente. Aquí tenemos una fantasía característica, de la esfera donde está el núcleo del problema: una muchacha obtiene su mayor placer de la idea de que está tendida todo a lo largo enteramente desnuda, sobre una larga mesa –similar a la mesa de operaciones de un ginecólogo– con las piernas bien separadas, de modo que su vagina es claramente visible. Un hombre, cuya cara casi no se ve, está a sus pies escrutando sus genitales. Esta fantasía es tan excitante para la tímida muchacha, que la lleva hasta la masturbación.

¿Cómo se ajusta esa fantasía con la teoría de la doctora Lampl? Si fuera correcta, ¿cómo podría constituir la exhibición del defecto físico el centro de placer de la fantasía? Se supone que la mayor molestia es atenuada y negada por la menor. Y, sin embargo, aquí no hay una cuestión de repudio, sino mejor de énfasis. Claro que éste podría ser un caso muy excepcional, en el cual la demostración misma de ese dolor da un paso al frente. La fantasía masoquista, sin embargo, muestra regularmente la reproducción de una ofensa narcisista en el escenario del pensamiento.

El insulto, la humillación, la desgracia, la ignominia del ego, para usar una palabra patética aunque apta, forman factores constitutivos de la escena masoquista. Esto puede significar la pérdida de la dignidad humana en general y también la dignidad que cada sexo atesora como propia. ¿No está herido hasta lo más íntimo el pudor femenino en fantasías como ésta y otras similares que hemos citado? ¿Y no es esto exactamente lo que se transforma en la fuente de placer?

Si el masoquismo representa el escape de ese viejo dolor por el pene perdido, por qué es reproducido y repetido ese dolor en la fantasía?

Sin embargo, la doctora Lampl ha dado con la idea correcta cuando llamó al masoquismo femenino un intento de curar el narcisismo herido. Pero no comprendió que el amor propio dañado debía ser reparado por la demostración misma de ese daño. Esta huida de la ofensa masoquista al narcisismo, como lo describe la doctora Lampl, es cierto; pero no es simplemente una huida, es un escape hacia el futuro. La exhibición misma de la desgracia es la base del realce, el símbolo de orgullo, de narcisismo sustituto. Se supone que surgirá vigorizado de la repetida ofensa contra el amor propio. De modo que la idea de la doctora Lampl era correcta, pero sólo vio una cara de la moneda. La otra muestra un cuadro enteramente diferente.

La situación femenina no sólo es mostrada o representada en la fantasía; no sólo se exhibe el elemento degradante y humillante, sino que todos estos rasgos son hasta exagerados. Recordamos ejemplos impresionantes, tal como la fantasía de la muchacha que rogaba al carnicero que la trozara y que estaba obligada a yacer durante horas sobre el mármol completamente ignorada; y la de la mujer que aparece desnuda frente al sultán, quien apenas si presta atención a su belleza y prefiere jugar ajedrez. Tales escenas no sólo contienen la presentación de la sujeción femenina, sino también su desfiguración. No sólo el énfasis, sino el sobre-énfasis. Eso significa que se burlan de la concepción masculina del papel de la mujer.

Para hacer perfectamente clara mi opinión, la ilustraré con este ejemplo: una joven que en ciertas circunstancias muestra su desamparo y necesidad de ayuda en su manera de portarse, ejercerá una cierta fascinación sobre los hombres. Pero supongamos que la joven habla sin cesar de su dependencia, nunca cesa de señalar su debilidad e inhabilidad para la acción independiente. Tal exageración de una faz de la naturaleza femenina está destinada a aburrir y desilusionar a los hombres a la larga. Ante el continuo despliegue de juvenil debilidad y zozobra, surge la sospecha de que es más una exhibición que un hecho. Tal exceso de énfasis no concuerda con la concepción masculina de la naturaleza femenina sino con su carica-

tura. No significa la aceptación del papel femenino, sino su rechazo por la exageración.

Una filósofa griega de la antigua Bizancio, dice que una vez mostró un paño ensangrentado a los jóvenes que trataban de ganar su amor, diciéndoles: “Mirad, esto es lo que amáis en mí”. Eso ciertamente que es razonado filosóficamente, pero sentido masoquísticamente. Sin duda alguna que tal demostración *ad oculos*, debe haber frenado a sus admiradores. (A propósito, ¿cómo concuerda esto con la teoría de la huida de la ofensa narcisista?) Resumiendo lo anterior, podemos decir: uno de los rasgos más característicos del masoquismo femenino es la representación exagerada de ciertos rasgos del carácter femenino y de ciertas circunstancias en contraste definido con el masoquismo masculino, aun no apreciado. Pronto lo discutiré.

La doctora Lampl basó su teoría principalmente en la fantasía masoquista de una niña. Ésta podría ser traducida al lenguaje del pensamiento correcto más o menos así: “Yo tenía pene, pero lo perdí como castigo”. Ahora bien, la doctora Lampl es de opinión de que esta agresión, que no puede ser dirigida contra el mundo exterior, es utilizada por la niña para obtener placer masoquista. La autora señala: “El procedimiento de desarrollo de esta fantasía puede ser descrito como la explotación de la agresión introvertida para extraer placer masoquista a los efectos de librarse de una incomodidad más fuerte producto del shock narcisista e ira y enojo insatisfechos”. Tal descripción es muy discutible, no sólo con respecto a su lenguaje, sino a su tema. Hemos encontrado que el masoquismo surge del shock del amor propio infantil y que no acaba con la ira y el enojo, sino que los expresa de manera específica.

La doctora Lampl parte de dos supuestos básicos, ambos equivocados, el primero de los cuales es que la mujer tiene una inclinación más poderosa hacia el masoquismo. Si éste fuera el caso, tendríamos que atribuir a la mujer una agresión más fuerte y un *anlage* sádico de más profundas raíces. Estas inclinaciones instintivas están enmarañadamente unidas al masoquismo.

Bueno, a la mujer la han hecho responsable de muchos, casi todos los males del mundo –¿acaso los escritores patristas no la llamaron *instru-*

mentum diaboli?-, pero sería pura tontería afirmar que guerras, *progroms* [cursivas añadidas], asesinatos y homicidios pertenecen a su dominio.

La segunda suposición sostiene que la niña tendría que reaccionar con ira y rabia ante el descubrimiento de su falta de pene, si esas reacciones no son compensadas por la introversión hacia el masoquismo. Me parece que la doctora Lampl exagera la medida de la agresión debida al descubrimiento de la diferencia sexual. Más aún, la muchacha tiene a su disposición otros medios para vencer la pena. El orgullo de su belleza física es uno de ellos. Estoy de acuerdo con la doctora Lampl en que el narcisismo contribuye a la formación del masoquismo femenino. Pero reducir toda la composición a este solo origen sería como hacer que la criatura, que acaba de descubrir su cuerpo femenino, se fuera por el sumidero de la bañera junto con el agua.

Sin embargo, la doctora Lampl va más lejos al usar su seducción también para la explicación del masoquismo masculino. Es decir que hace del masoquismo femenino el prototipo del masoquismo masculino. Su referencia a Freud, quien afirma que hay una íntima relación entre masoquismo y femineidad, está aquí fuera de lugar. Sabemos que esa relación consiste en una aceptación ambigua de la actitud psíquica femenina, por ejemplo la pasividad de la mujer, pero ciertamente que no en la acepción del masoquismo de la mujer. El autor ve en el punto de partida del narcisismo herido en ideas tales como la circuncisión, la comparación de tamaño y erección entre su propio miembro con el de los demás, y experiencias similares. Tales concepciones seguramente que se utilizan psíquicamente en el sentido de masoquismo "femenino". Y sin embargo no son ciertamente los factores esenciales de la perversión masculina. Es imposible apoyar el origen del masoquismo en una base tan estrecha como el temor a la castración. En ambos sexos parte de experiencias que datan de un tiempo que precede a la fase genital.

Debemos a la doctora Lampl no solamente un número de seguras observaciones, sino también la oportunidad para contradecir sus propias conclusiones. Es una oportunidad para poner a prueba nuestra propia opinión y para elaborar ciertos puntos de vista. Un poquito de nueva comprensión de la diferencia del masoquismo de ambos sexos

es más importante que una objeción crítica. La diferencia que tenemos en mente es sutil, destacándose del suelo de los rasgos comunes no más que una colina en un paisaje de características bastante uniformes.

La comparación de una fantasía masculina con su misma edición femenina ilustrará la diferencia. El paciente que frecuentemente nos proveyera de material psicológico cuenta un placerero ensueño masoquista: un joven, quizás un oficial, ha sido capturado por una tribu salvaje regida por una hermosa reina blanca. Él comparte la suerte de muchos prisioneros anteriores: ser amante de la todopoderosa reina³. Aunque se comporta activa y virilmente en el contacto sexual, se ve obligado a cumplir las órdenes de su amante. Ella lo entrena para estar en condiciones de ser la reina quien dirija los diferentes movimientos del contacto sexual, su velocidad e intensidad. El coito es gobernado entonces por claves numéricas y de otro tipo. Cada tipo de caricia o de movimiento lleva un número que el prisionero ha de aprender. Así, entiende perfectamente cuando oye: "Número ocho, ¡lentamente!". El soñador, que se identifica con el joven oficial, asocia esta grotesca secuencia de ideas con sensaciones claramente placenteras. Apenas si necesito mencionar que los movimientos del héroe están sincronizados con los que acompañan la masturbación del soñador.

No puede haber duda de la naturaleza masoquista de esta fantasía. Más tarde fue "puesta a prueba" varias veces: el paciente probó su valor de excitación sexual durante el coito con su esposa. Se portaba desde luego, en forma perfectamente normal, no era cuestión de órdenes o ceremonial de números. Pero utilizaba la fantasía cerrando los ojos y sustituyendo a su mujer por la reina y atribuyéndole el extraño comportamiento.

Un caso como éste y muchos otros similares, sobre cuya naturaleza no cabe duda, no deja oportunidad alguna para aplicar la teoría del masoquismo de la doctora Lampl. Tratemos de imaginar esta fantasía originada por una mujer, donde los papeles, desde luego,

3 Puedo asegurar que el paciente no conocía ni *Ella*, de R. Haggard, ni *La Atlántida*, de P. Benoit, o novelas similares que tratan literalmente este tema.

estarían cambiados. Sería más o menos así: una viajera europea es capturada por un jeque árabe. Durante el contacto sexual, el poderoso jeque ordena ciertos movimientos, simplemente pronunciando números. Tal fantasía masoquista de una mujer con toda seguridad que no sería imposible. Hemos encontrado ejemplos muy similares. Y, sin embargo, aunque los contenidos y caracteres de las fantasías son similares, la impresión en ambos casos es enteramente diferente. La soñadora aumenta y exagera su naturaleza de acomodación como objeto sexual. Presenta una caricatura de su naturaleza, como el hombre la imagina. En el caso del hombre, sin embargo, la situación es invertida totalmente. Reducido a una fórmula, el sentimiento del hombre es: "Eso es lo que quisiera hacerte y así me gustaría que te portaras". La idea de la mujer, sin embargo, es "¡Quieres hacerme eso y quieres que me porte de esta y de esa otra manera!"

En su caso parece como una hipertrofia de ciertos rasgos del carácter femenino; en el de él, como una atrofia de ciertos rasgos del carácter masculino. El comportamiento de la soñadora correspondería a una prolongación artificial de la línea femenina; en el del hombre a una reparación de la línea masculina. La fantasía en sí misma significa una feminización del hombre; un ajustamiento compulsivo a las exigencias masculinas en la mujer. El masoquismo como inclinación de los instintos no es originalmente compatible con la naturaleza de la mujer -a pesar de la opinión de la mayoría de los analistas-, pero puede ser adaptado a ella.

Para usar otra comparación: la mujer que se adapta al masoquismo cambia su paso normal para un andar de puntillas excesivamente grácil e inseguro. El hombre cambia su paso natural por pasitos femeninos. En el masoquismo la mujer exagerará el papel que la naturaleza y la educación le han asignado. El hombre invertirá el suyo. Ésta es la razón por la cual el escondido rencor y desafío que son inherentes a la situación masoquista, se muestran más clara, burda y amargamente en el caso del hombre que en el de la mujer. La inversión es un camino que lleva más lejos y más seguro hacia la burla que la exageración.

Debe existir una diferencia entre los datos de procedimientos psíquicos que corresponda a esta distinción. Los masoquistas masculinos

exageran su femineidad. Despliegan una ultrafemineidad. Exagerando, se pretende tener más de lo que se posee, por medio de la mentira. En cambio las características femeninas del masoquismo masculino tiene por fin convencer al compañero de que se tienen menos ases de los que uno posee. En el primer caso se fingen ases que no se poseen; en el segundo, se ocultan los que realmente se tienen.

La preparación psíquica y su cocinado por la mujer, pueden ser llamados “sobre-elaborados”, mientras que los del hombre “sub-elaborados. Y, sin embargo, cuando el final se acerca, la corta vida y la vanidad de todas esas maniobras se hace clara: se puede jugar sólo con las cartas que se han recibido del destino.